

CAPITULO II.

I.

Una tarde, el sol de Mayo
En las torres del castillo
Quebrando el trémulo brillo
De su postrimero rayo,

A su postrer resplandor
Ganando el enhiesto risco,
Del castillejo morisco
Llamó á la puerta el doctor.

Ya no existe la de hierro
Llantada: la de hoy en dia
Es de roble, y del vigía
El lugar ocupa un perro.

Su ladrido respondió
A la recia aldabonada
Con que el doctor su llegada
A los de dentro anunció.

Sacó por una tronera
Su semblante amojamado
Un decrépito criado,
El cual, haciendo visera

De la mano y hasta el hombro
La cabeza adelantando,
Conoció al doctor mostrando
De verle no poco asombro.

Dejó al punto el ventanillo,
Acalló al mastin, quitó
Los pasadores, y entró
El doctor en el castillo.

Adentro ya, emprendió el viaje
Del laberinto que corre
Desde la primera torre
Hasta la del homenaje:

Que el castillo aunque pequeño,
Tiene aire de fortaleza,
Cual conviene á la grandeza
De su vanidoso dueño.

Dos patios, un corredor
Y una desierta crugía
Detras de su viejo guía
Cruzó en silencio el doctor;

Luego un caracol torcido
Pasó, cruzó un descubierto
Y extenso adarve, que en huerto
Ha poco que han convertido,

Y es uno de esos pensiles
De la mora Andalucía,
Donde al sol de medio día
Brotan las rosas á miles,

Y un postiguillo pequeño
Abierto sobre el jardín
Atravesando, dió en fin
En la cámara del dueño.

Aquel (en su señorío
Cárlos primero) salióle
A recibir y franqueóle
Un salón alto y sombrío,

Cuyas proporciones grandes
Llena mal el pobre adorno
De diez sillas que hay en torno
De unos tapices de Flandes.

Sobre un velador de encina,
Tiene el baron un resúmen
De heráldica y un volúmen
De la Vulgata latina;

De lo que el doctor deduce
Que es el baron buen católico,
Puesto que el rito apostólico
Sigue y el latin traduce.

Una enorme chimenea
Llena el principal testero
De aquel salón todo entero,
Y en su inmenso hogar luméa

(Porque la humedad le impide
Arder) un tronco de roble,
Que por su tamaño doble
Rebelde al fuego, despide

Por las heridas que hizo
La hacha en él su sávia y zumo,
Cuyo humor ahoga en humo
Su poco fulgor pajizo.

Con gravedad señorial
Dió el baron silla al doctor,
Quien con gravedad igual
Se arrellanó en la mejor.

Calló el baron como aquel
Que vá á entablar cuestion grave,
Y el doctor como quien sabe
Que escuchar le toca á él.

Al cabo, tras breve punto
De precisa reflexion,
Trabó diálogo el baron
Yendo derecho al asunto.

Siendo, empero, de los dos
El carácter tan altivo,
El diálogo fué tan vivo
Que es difícil irle en pos.

Puso á los dos en un potro
La precision de escucharse,
Y lucharon por quitarse
La palabra el uno al otro.

Mas para que nos ahorremos
El martilléo importuno
De aquello de: "dijo el uno—"
Y "añadió el otro,—" pondremos

A la márgen simplemente
De los interlocutores
Los nombres, y los lectores
Nos leerán mas fácilmente.

II.

EL BARON.—Os he llamado, doctor....

EL DOCTOR.—Abreviad; sé para qué.

BARON.—¿Quién os lo dijo?

DOCTOR.—Mi honor

Que puse por avizor.

BARON.—¿Sabeis pues....?

DOCTOR.—Todo lo sé.

Vuestro hijo vuelve.

BARON.—Le espero

De un momento á otro.

DOCTOR.—Pues

Ya supondreis, caballero,
Que yo en mi casa no quiero
Que ponga jamás los piés.

BARON.—Es el consejo mejor

Que yo le daré:

DOCTOR.—Mandad,

Y no aconsejeis.

BARON.—Doctor,

La ley le dá ya favor,
Pues vuelve mayor de edad.

DOCTOR.—Siempre somos los mayores

Vos suponeis, y la errais,
Que yo este amor alimento,
Porque vos ennoblezcáis
A mi Rosa, si otorgáis
A su amor asentimiento.

Mas á pique de enojaros,
Vais á ver cómo destruyo
Vuestra ilusion, sin reparos
A vuestro honor, con probaros
Que el deshonor será suyo.

Rosa.....

BARON. —Antes de que pasemos
Mas adelante.....

DOCTOR. —Despues.

BARON.— Antes.

DOCTOR. —Sea.

BARON. —Aun no sabemos

Si es hija vuestra. ¿Podremos
Preguntaros de quién es?

DOCTOR.— Es lo que os iba á decir,
Si me dejárais seguir.

BARON.— Pues continuad, porques es cosa
Que há tiempo que anda curiosa
Mucha gente por oir.

DOCTOR.— Pues tal vez no satisfaga
A esa gente ociosa y vaga
Mi respuesta: y ¡por quien soy!

Que temo que mal os haga
El trago que á daros voy.

Rosa, á quien habeis creído
Honrar con vuestro favor,
En tal estirpe ha nacido
Que no podrá con honor
Aceptar vuestro apellido.

Rosa en fin, á quien acaso
Regateais vuestras rentas,
Puede arrojaros al paso
Lo que vuestro haber escaso
No suma en todas sus cuentas.

Mas oid lo que no alcanza
Vuestra razon: mi hija Rosa,
Para quien es la esperanza
De una probable alianza
Con Don Carlos poca cosa,

Con hombre se ha de casar
Que lleve por solo bien
Al santuario de su hogar
Lo que con honra á ganar
Sus propias manos le den.

Mas hombre cuyo decoro,
Cuyo libre corazon
Desprecie el favor y el oro,

Y no tenga mas tesoro
Que su honor y su pasion.

Un hombre cuya existencia,
Cuya patria, cuya ley
Sea Rosa: que en conciencia
Puede tener la ecsigencia
De casarse con un rey;

Y vuestro hijo Don Carlos
Ni es rey, ni tiene de tal
Los derechos: y á lograrlos
No supiera conservarlos,
Pues le educásteis muy mal.

¿Cómo á su vida atendiera,
Si sus haciendas perdiera?
Como los nobles: vendiéndose
A un rey cualquiera, y batiéndose
Sin saber por qué siquiera.

Rosa un hombre há menester
Que ya que pueblos no mande,
No sirva á ningun poder,
Y dónde esté sepa ser
Libre, independiente y grande.

Ahora bien, señor baron,
Si en ello parais las mientes,
Vereis que en la condicion

De seres tan diferentes
No es posible que haya union.

Conque si el orgullo es dijo
Que Rosa vuestro honor aja,
Lo erró: y tenedlo por fijo,
Si ama Rosa á vuestro hijo,
Es ella quien se rebaja.

Dijo el doctor, y el sillón
Abandonando en el acto,
Salió apriesa del salón;
Dejando al pobre baron
Corrido y estupefacto.

La sorpresa y el sonrojo
Le pusieron amarillo
Hasta lo negro del ojo:
Jamás creyó tal arrojó
Del rey mismo en su castillo.

No cabiendo en su cabeza
Semejante atrevimiento
Ni del caso la estrañeza,
Quedó absorto larga pieza
Sin voz y sin movimiento.

Mas viéndose tan mal puesto,
Echó por el corredor
Con desencajado gesto

Y en ademan descompuesto
Al alcance del doctor.

En el impulso primero
De la rabia que á embargarle
Fué el corazon altanero,
Asió el baron de un acero
Con intencion de matarle.

Cruzó el adarve desierto,
Y uno y otro corredor,
Y uno y otro patio abierto;
Pero, con gran desconcierto
Suyo, no halló ya al doctor.

Llevábale gran ventaja:
Y como el viejo baron
Ve que corre y no le ataja,
La cólera se le cuaja
Al frio de la razon;

Porque como el movimiento
Del cuerpo paralizar
No puede el del pensamiento,
El baron pudo un momento
A solas reflexionar.

Y la arenga estrepitosa
Del doctor dándole vueltas
En el cerebro, y de Rosa

En la historia misteriosa
Cogiendo las hebras sueltas,

Paró en recapacitar
A impulsos de su codicia
Y su ambicion de medrar,
Que era bien con tiento andar
Antes de dar una pícia.

A las mientes se le vino
Que si el doctor no es un loco
Que cayó en un desatino,
No es su cólera tampoco
Para ganarle camino.

Y si es Rosa por acaso
Lo que él dice, y cosa óbvia
Que á Carlos ama, no es caso
De perder por un mal paso
Tal ocasion y tal novia.

Todo lo cual bien pesado,
Juzgó por mejor aviso
Disimular lo pasado,
Y ganar de fuerza ó grado
Al doctor lo mas preciso.

Alcanzóle ya en la puerta:
Mas por pronto que acudió,

Ya aquel la tenia abierta,
Y afuera en salvo y alerta
Viéndole ya, le llamó.

Calmóse, pues, como pudo
Mejor, y al doctor llegando,
Que esperaba frio y mudo,
Le dijo, el ceño sañudo
Cual supo desenarcando:

BARON. —Una palabra, doctor.

DOCTOR. —Pero sed breve.

BARON. —¿Estais hoy
En vuestro juicio?

DOCTOR. —Lo estoy.

BARON. —¿Conque es cierto?

DOCTOR. —Como soy
Hombre.

BARON. —¿Palabra?

DOCTOR. —De honor.

BARON. —¿Y es Rosa?

DOCTOR. —Lo que es: ni mas

Ni menos que lo que he dicho.

BARON. —¿Y ama á mi hijo?

DOCTOR. —Quizás

De sobra,

BARON. —¿Entónces?

DOCTOR. —¡Jamás!

BARON. —¿Mas si Rosa en su capricho

Se encastilla y se resiste
A ceder, y temeraria
En esa pasion persiste?

DOCTOR. — Entonces vivirá triste
Y morirá solitaria.

BARON. — ¿Pero, y si en su amor mi hijo
Vuelve mas que nunca fuerte?

DOCTOR. — Entonces tened por fijo
Que entre su amor y la muerte
Es la muerte lo que elijo.

BARON. — ¡Le matarais!

DOCTOR. — Parecer

Tomaré; mas de razones
Basta; si él se obstina en ser
Marido de tal muger,
La muerte va á sus talones.

BARON. — ¡Tanto le odiais!

DOCTOR. — ¡Pesiamí!

¿Quereis que os declare aquí
Por qué á vuestro hijo nuestro
Tanta repugnancia?

BARON. — Sí.

DOCTOR. — Pues bien por ser hijo vuestro.

Dijo el doctor, y la mano
Teniendo en la aldaba puesta,
Cerró la puerta de plano
Sobre el viejo castellano,
Y empezó á bajar la cuesta.